

ARQUEOLOGÍA DE LA DIFERENCIACIÓN SOCIAL EN EL VALLE DE AMBATO, CATAMARCA, ARGENTINA (S. II - VI d.C.): EL ACTUALISMO COMO METODOLOGÍA DE ANÁLISIS

Andrés Laguens^(*)

RESUMEN

A partir del principio del actualismo aplicado a un presente definido en el pasado, se analiza el proceso de diferenciación social en el Valle de Ambato, Catamarca, Argentina, en el siglo VI d.C., analizando continuidades y rupturas con las sociedades anteriores. Se evalúa cómo participó la cultura material en nuevos universos sociales, materiales e ideacionales. La diversificación de las clases de capitales existentes, resultaron en muy diferentes redes objetivas de relaciones entre las personas, con otra dinámica y estructura, entre ellas la de una nueva forma de complejidad social. Dado que fue un cambio realizado en un tiempo relativamente breve, con incidencia en numerosos aspectos de la sociedad y de configuración inédita, postulamos que pudo tener un carácter revolucionario y no gradual.

Palabras clave: *Diferenciación social. Actualismo. Cultura Aguada.*

RESUMEN

The principle of actualism is applied to analyze the process of social differentiation in the Ambato Valley, Catamarca, Argentina. Ruptures and continuities in previous societies are studied using the VIth century A.D. as a case study. The participation of material culture in new social, material and ideational universes is evaluated. The diversification in the kinds of economies produced different networks among people, with a different dynamic and structure, including a new form of social complexity. As this change occurred in a relatively short time, and it influenced many social aspects in an unprecedented manner, we sustain that it had a revolutionary and not a gradual nature.

Key words: *Social differentiation. Actualism. Aguada culture.*

^(*) Museo de Antropología, U.N.C.; Escuela de Arqueología, UNCa, CONICET

INTRODUCCION

Desde la definición de la cultura de La Aguada (González 1961-64) y su establecimiento como la cultura que caracteriza al Período Medio (González 1955; González y Pérez 1972) mucho se ha progresado en cuanto a conocer con detalle su regionalización (González 1998), su cronología (Bonnin y Laguens 1997, Gordillo y Kusch 2000) y los diversos contextos materiales, desde los estilos locales hasta los sistemas de asentamiento, locales y regionales (ver González 1998 para una síntesis de varios autores).

En particular, en el Valle de Ambato, Catamarca, el Proyecto Arqueológico Ambato ha avanzado durante las últimas décadas en la prospección intensiva de un sector del valle y las excavaciones extensivas en varios sitios (Heredia 1998; Laguens 2001; Pérez Gollán *et al.* 2000), con lo cual se han ido profundizando diversos aspectos de la manifestación local de Aguada. Esta indagación ha estado centrada principalmente en el proceso a través del cual se configura en Ambato una sociedad más heterogénea y diversificada que las que le antecedieron, y en cómo esta nueva configuración fue mantenida a través del tiempo durante varios siglos. Interesa aún resolver una serie de interrogantes acerca de su origen y fin, donde nos preguntamos ¿cómo fueron esos cambios?, ¿qué los caracteriza y los diferencia de otros? y ¿cómo se vinculan con otros procesos similares en distintas regiones con presencia de Aguada?

En este trabajo desarrollaremos un procedimiento analítico centrado sólo en el momento de inicio de este proceso, para lo cual será necesario realizar una comparación con las formas de vida previas, evaluando continuidades y rupturas, para así analizar su génesis, modalidad y particularidades. El procedimiento seguido propone aplicar el principio del actualismo desde el mismo pasado: si el presente es la clave del pasado, el presente de Aguada en Ambato nos puede dar la clave para su pasado. En la medida que ese presente (pasado) pueda explicar su propio pasado, podremos luego evaluar los nexos con lo local y la magnitud de las transformaciones que caracterizaron aquel proceso de complejización.

LA FORMACIÓN DE AGUADA

En general, cuando se ha considerado el surgimiento de Aguada como una entidad social se ha señalado su relación ancestral con la cultura Ciénaga y con Condorhuasi. Quizás la sentencia que mejor resume esta hipótesis es aquella de González (1998):

“...entre las culturas tempranas hay dos cuyo aporte es decisivo en la aparición de ésta [Aguada]: Condorhuasi-Alamito y Ciénaga. Ya en nuestro viejo trabajo las señalábamos como las bases sobre las que se desarrolla Aguada (González 1961-64: 247)...*Hemos hecho notar que donde estas culturas no existieron, no se formó la cultura de La Aguada*” (González 1998: 254, énfasis original)

Una afirmación notable, más allá de la interpretación particular que se le de a la misma. La cuestión es cómo se “formó” Aguada en relación a aquellas otras dos. Generalmente los modelos planteados hasta el presente han seguido una línea genético-evolucionista, con diversos factores explicativos participantes: invasión de otras poblaciones (Nuñez Regueiro y Tartusi 1993, 2000), conquista (Sempé 1998), migración (Pérez y Heredia 1987; Pérez Gollán 1991; Nuñez Regueiro y Tartusi 1993, 2000), difusión (González 1961-64, 1979, 1998), evolución social (González 1998), síntesis de confluencias culturales (Gordillo y Kusch 1987; Nuñez Regueiro y Tartusi 1993, 1999, 2000), cambios estructurales (Haber *et al.* 2000) o cambios económicos en distintas esferas (Laguens y Pérez Gollán 2000, Pérez *et al.* 2000).

La información disponible hace pensar que hubieron distintos modos en que Aguada fue

gestándose como una nueva entidad diferente, consecuencia de lo cual el proceso y su resultado adquirieron modalidades regionales propias: cada proceso en su ámbito local habría seguido trayectorias particulares – análogas o no, independientes o no de otras – produciendo variaciones materiales peculiares de un mismo estilo de vida histórico más integral que llamamos Cultura Aguada (González 1998, Nuñez Regueiro y Tartusi 1993, 2000). Si bien el surgimiento o formación de Aguada es un proceso regional, con características y propiedades en común, a la vez es un fenómeno con variaciones locales coetáneas: los procesos globales que afectan a un sinnúmero de personas, son reinterpretados y materializados de manera diferencial en su articulación con trayectorias particulares previas.

Encontramos aquí dos aspectos a destacar. No solo el proceso de surgimiento y consolidación de Aguada debería ser considerado diferencialmente en cada área geográfica cubierta por Aguada (considerando los tres grandes ámbitos establecidos: Septentrional, Meridional y Oriental, en González 1979, 1998) sino también que aún dentro de una misma sub-región hubieron desarrollos locales propios. Por ejemplo, la distribución geográfica de estilos cerámicos definitorios permitió postular la existencia de fronteras geopolíticas virtuales (Kriscaustzky y Togo 2000), dentro de la misma región Oriental de Aguada. Por su parte, González marcó en 1998 una diferencia cuando comparó el proceso de génesis de Aguada en Haulfín y en Ambato, refiriéndose al primero como un proceso de transición, sin solución de continuidad, lento y progresivo, y al segundo como de carácter “explosivo”, en cuanto no se detecta una transición con culturas previas (González 1998: 260). Creemos que, por lo tanto, no sería apropiado hablar de un solo proceso para toda Aguada en sentido genérico, y sería más acertado considerar entonces a Aguada en escalas de análisis sub-regionales como varias entidades compartiendo una ideología, cuya interrelación social, política, económica y cultural es un tema aún por dilucidar.

Por otro lado, un elemento más a considerar es el ordenamiento de los fechados radiocarbónicos de contextos Aguada disponibles hasta la actualidad, que hacen pensar que el surgimiento y consolidación de esta cultura no fue un fenómeno contemporáneo en todas esas regiones, ya que los mismos se escalonan secuencialmente por región (Bonnin y Laguens 1997).

EL CASO DE ESTUDIO

En lo referido a estos procesos en el Valle de Ambato, encontramos que alrededor del siglo VI d.C. se registra una gran serie de innovaciones y algunas combinaciones de viejos elementos en nuevas configuraciones, contrastantes con las formas organizativas y modos de hacer las cosas en el pasado anterior, que se integran entre sí como componentes de una nueva organización más compleja que la anterior. En los últimos años (Pérez Gollán *et al.* 2000), nos hemos preocupado por postular cómo distintos factores y contextos, ambientales y sociales, pudieron haber concurrido en la conformación de ese nuevo modo de vida para la región de Ambato, basado en una intensificación de la economía y la acumulación de excedentes, asociados a un crecimiento marcado de la población, con diversificación de roles sociales, especialización artesanal, junto con desigualdades sociales y políticas. A partir de su concreción, esta nueva modalidad organizativa en lo social, político y religioso, tuvo un mantenimiento duradero y llegó a interactuar con poblaciones en otros ámbitos geográficos aledaños, cada uno con modalidades propias, y que pasaron a integrarse en una misma esfera supra-regional, estableciendo nexos más allá de sus ámbitos locales (Pérez Gollán 1991). Partiendo de ello, hemos intentado analizar cómo la concurrencia de factores tanto propios e históricos contextuales, así como otros externos, pudieron incidir en la conformación de formas de vida en torno a la heterogeneidad social y la desigualdad hereditaria. En este trabajo, nos concentraremos en una perspectiva centrada en los cambios registrados en el mundo material en dos momentos contrastantes, antes y durante la vigencia de Aguada, en cuanto a los estilos de vida dominantes.

Se deduce de lo anterior que es fundamental la existencia de un excedente económico, junto con la habilidad y medios de cierto grupo para usufructuar para su bien los diferentes beneficios del mismo, a la par de la disposición de otro grupo a aceptar las nuevas reglas del juego, seguramente también con su correspondiente provecho personal, o al menos, la percepción o ilusión del mismo. En este sentido, podemos rescatar un aspecto propio, o endógeno de la sociedad, en cuanto debemos admitir la existencia de una base organizativa, o una estructura, sobre la que fue factible la construcción de un nuevo orden. Si bien pudieron haber también demandas externas promotoras de una re-organización, igualmente tuvo que haber un proceso interno o local, de interpretaciones y manejo diferenciados de la situación, que sustentó dicho cambio.

Es en este sentido de lo local donde queremos centrar nuestra atención, trabajando desde el contraste que surge de la comparación entre las formas de vida caracterizadas por el estilo Aguada y las otras previas en Ambato, sin estar afirmando con ello que se trate exclusivamente de un cambio generado localmente, de manera endógena. Para poder indagar sobre todo esto, consideraremos las continuidades y rupturas entre ambas formas de vida, las reconfiguraciones y las innovaciones, y trataremos de determinar su génesis –no sus causas– proponiendo una aproximación teórica al proceso, analizando su carácter, magnitud y alcance.

TEORIA Y MÉTODO

El procedimiento llevado a cabo para cumplir con nuestra meta fue utilizar como recurso metodológico un postulado tradicional de la Geología, la Arqueología, la Historia Natural y demás disciplinas históricas: el principio básico del actualismo de Lyell, *el presente es la clave del pasado*, pero aplicado a un momento del pasado arqueológico, como si éste fuera el presente. De este modo, el presente de partida no fue este hoy, sino un presente en el pasado correspondiente a un momento en que la desigualdad social ya estaba instaurada en Ambato, alrededor del 500 o 600 d.C. Pretendemos que desde allí el contraste entre ese presente y su pasado ilumine de manera más contundente las similitudes y diferencias, nos libere de la visión homogeneizante de etapas evolutivas y nos ayude a descubrir nuevas dimensiones del interjuego entre lo material y lo social.

Este principio actualista ha sido uno de los pilares fundamentales del razonamiento arqueológico que, bajo suposiciones uniformitaristas de diferentes formas (Binford 1981), aún sigue siendo sustento de muchas construcciones empíricas y teóricas. Tal es el caso de la etnoarqueología, del comportamiento homínido, los estudios actualísticos y varios modelos de evolución social y de formas de organización, que han visto inspirados o sustentados sus planteamientos a partir de etnografías del mundo contemporáneo o histórico, desde el Ártico hasta Hawai o África –tal como las propuestas de Fried (1967), Service (1972), Earle (1987, 1997), o Murra (1955), por solo citar algunos pocos que tienen que ver con nuestro tema de interés. Algo similar se puede considerar con respecto al uso de la teoría social contemporánea como marco interpretativo en arqueología, que promovido desde las líneas postprocesuales (Hodder 1982, 1993, Shanks y Tilley 1992, por sólo citar los pioneros), gira principalmente en torno a las propuestas sociológicas de Pierre Bourdieu o Anthony Giddens. Desde un punto de vista fáctico, es innegable que aún estas posturas originalmente críticas sustentan su capacidad heurística y su aplicación o proyección para el registro arqueológico, a partir de un supuesto actualista y uniformitarista. El presuponer la vigencia en cualquier pasado, y para toda sociedad, de procesos de estructuración y reproducción social de las personas análogos a los actuales de nuestra sociedad, afirma indirectamente que los procesos sociales que actuaron en distintas sociedades en el pasado son homologables con procesos sociales actuantes en el presente.

Un primer paso necesario para implementar una argumentación actualista es asegurar que existe efectivamente algún nexo a través del cual podemos suponer un lazo entre el presente y el pasado. Este lazo puede ser analógico, en tanto hay similitudes morfológicas y estructurales (en

partes intervinientes, interrelaciones y configuraciones) así como procesual (en cuanto a sucesiones de eventos o acciones enlazados), o bien relacional, en tanto al menos se demuestre que ambos momentos bajo estudio han compartido algunos elementos en común. En el caso de estudio, la continuidad en ciertos estilos cerámicos y la ocupación del espacio asegurarían inicialmente esa ligazón.

En segundo lugar, aceptada la continuidad, se deben seleccionar los aspectos en común. Para ello caracterizaremos ambos modos de vida, el del presente (Aguada) y el de su pasado (pre-Aguada o Formativo), para analizar luego sus similitudes, diferencias, continuidades, discontinuidades y rupturas, tanto de manera cuantitativa como cualitativa. Una vez delimitadas sus similitudes y diferencias, podremos comparar pasado y presente de una manera más controlada, en la búsqueda de homologías morfológicas y estructurales. Esta comparación será hecha en distintas escalas de complejidad, desde los artefactos y diferentes tipos de contextos, hasta configuraciones subyacentes y principios organizativos. Definidas las homologías estaremos en condiciones de afirmar si los procesos que actuaron en el pasado son equiparables a aquellos del presente. De no poder afirmarlo, deberemos buscar otras explicaciones para entenderlos.

Trataremos de acceder al pasado tal como lo hace el actualismo en geología: operando lógicamente desde datos observacionales en el registro geológico acerca de las características morfológicas y las trazas de actividades pasadas, pasa a los procesos geológicos y luego a leyes naturales, para volver luego al pasado. A partir de aquellas homologías morfológicas y estructurales halladas como continuidades en el registro arqueológico, debemos preguntarnos antes si ellas se deben a regularidades organizacionales análogas. Siendo así, podremos suponer entonces el accionar de reglas y principios semejantes, tanto en el pasado como en el presente. De manera contraria, ante la ausencia de suficientes homologías, o frente a la predominancia de ordenamientos diferentes, deberemos suponer discontinuidades y deberemos buscar otros procesos y reglas para el presente o para el pasado. Adelantamos que esto último ha sido lo encontrado en nuestro caso de estudio, y que ello nos ha llevado a nuevas formas de pensar sobre los procesos de diferenciación y complejización social, como veremos más adelante.

Definiremos la línea base de partida del presente aproximadamente alrededor del año 500 ± 150 d.C., lapso en el cual los fechados radiocarbónicos del Valle de Ambato (Bonnin y Laguens 1997, Laguens 2001) ubican una fase caracterizada ya plenamente por estilos de vida heterogéneos y diferenciados, de manifiesta desigualdad social. Su configuración, las distintas materialidades acompañantes y sus interacciones serán entonces las claves de ese presente que servirán como vías de acceso a un pasado anterior, alrededor del año 50 ± 150 d.C., también datado absolutamente. Por comparación y diferencia con las configuraciones, materialidades e interrelaciones entre presente y pasado, podremos discernir semejanzas y diferencias, continuidades y rupturas. Del contraste entre ambos momentos se podrá arrojar luz sobre el proceso, sobre cuáles fueron los factores intervinientes, cuáles fueron nuevos, de qué manera se diferenciaron, si surgieron nuevas estructuras, si hubieron trayectorias diversificadas, si surgieron y se crearon nuevos campos de interacción y nuevos mundos materiales y espacios sociales.

La idea central es analizar cómo los bienes materiales, en tanto objetivación de diferentes prácticas, participan como una de las partes en las interacciones entre las personas, se convierten y son usados como capital concreto en juego, siendo a la vez contexto de dichas interacciones, en parte participando en las predisposiciones de las personas que participan. Suponemos que en la medida que dichas interacciones cambien, que las prácticas sociales se distinguan, que se creen campos de interacción autónomos y estas transformaciones sean duraderas, lo material las acompañará y entrará en juego como un componente más de la interacción, generando registros arqueológicos diferenciados. En concordancia con esto, consideramos que el proceso histórico de desenvolvimiento o surgimiento de la desigualdad va a tener su contexto material específico, sin esperar correlatos concretos, a la manera de Peebles y Kus (1977) o Hayden (1995), sino modos de acción materializados, que bien pueden estar respondiendo a regularidades más generales.

Es claro que el estado actual de conocimiento sobre la arqueología de Ambato, y la Cultura Aguada, es una construcción. Luego, partir de ese pasado construido como presente podría resultar en un razonamiento circular o inclusive falaz, pues en sí mismo ese presente fue creado también con razonamientos analógicos y suposiciones uniformitaristas, amén de inferencias, comparaciones, subjetividades, pruebas y errores, sobre un registro arqueológico de alcances acotados. Sin embargo, nos preguntamos ¿por qué desecharlo si está tan cargado de suposiciones uniformitaristas y teóricas como cualquier otra inferencia arqueológica? ¿o es que de alguna manera está más viciado? Nos arriesgamos entonces a someterlo a prueba simplemente como un recurso metodológico experimental, en tanto creemos que potencialmente podría retrotraernos más despojadamente en el tiempo al partir de un anclaje ubicuo en época, espacio y contexto socio-histórico, explícitamente construido, aunque no por ello menos construido que otro pasado arqueológico creado a partir de modelos basados en un presente etnográfico y etnoarqueológico.

Debemos aclarar que hasta ahora habíamos venido trabajando por el camino inverso, desde otra dirección: partíamos de ciertos supuestos *a priori* sobre cuáles eran los factores intervinientes en los procesos de diferenciación social y centrábamos el estudio en seis ámbitos concretos que consideramos estrechamente vinculados con el cambio social, mutuamente entrelazados y, a su vez, susceptibles de ser analizados desde el registro arqueológico. Estos ámbitos son: el espacio construido, la economía, la tecnología, el trabajo, las personas y la ideología, abarcando cada uno de ellos diversos componentes. Ahora podemos hacer el procedimiento inverso: en el estado actual de conocimiento – en parte construido a partir de la investigación en esos seis ámbitos – tenemos un cuadro descriptivo de cómo era Ambato en un momento dado. Ese cuadro, nos sirve como una “etnografía” situacional del pasado, que trataremos de ver (a) hasta qué punto es proyectable más atrás en el tiempo sin perder vigencia, (b) permite entender el registro arqueológico anterior, (c) marcar entonces quiebres y persistencias, aspirando de este modo a (d) evaluar por contraste y comparación el proceso de diferenciación, su originalidad, alcance y magnitud.

Sostenemos que el camino a la desigualdad social consistió en un proceso de generación de nuevas dimensiones sociales y materiales, o campos de interacción entre las personas, que adquirieron una autonomía relativa, diferenciando, diversificando y complejizando la sociedad hasta un punto tal en que podemos hablar de estilos de vida distintos a los anteriores. Nuestra hipótesis es que el surgimiento de la desigualdad se ve asociado a la constitución de nuevas formas de capitales (sociales, económicos, políticos) y a la lucha por el poder centrado sobre los mismos, que termina componiendo campos sociales distintos a los previamente conocidos, generando concomitantemente nuevas formas de inclusión o exclusión entre las personas.

De este modo, en este intento metodológico trataremos de ver qué pasó y cómo pudo haber pasado, sin proponemos buscar las causas que llevan a la desigualdad, ni cuáles han sido los principales móviles, sino que queremos centrarnos en los factores intervinientes, las interacciones entre las partes en juego y su trayectoria, tratando de dejar de lado interpretaciones psicologistas, voluntaristas, individualistas o formalistas, difíciles de bajar al registro arqueológico.

CONTINUIDADES ENTRE EL PRESENTE Y SU PASADO

Dijimos que un primer paso a resolver en la aplicación de una metodología actualista, es demostrar cierto grado de relación, o la permanencia de algunos elementos, entre el presente y el pasado que se pretende explicar. En este caso de estudio, hay tres elementos sobre los que hemos trabajado y en los que podemos postular una continuidad local. En primer lugar se encuentra la producción alfarera; en segundo término, el uso de estructuras monticulares y, finalmente, el mundo ideológico-religioso, usualmente asociado con lo felínico.

En cuanto a la alfarería, a través de estudios realizados con las colecciones de sitios tempranos y de sitios Aguada del Valle, donde se compararon procedimientos tecnológicos, clases cerámicas,

fuentes de aprovisionamiento e inversión de trabajo en la producción artesanal (Fabra 2002a), se ha podido demostrar la continuidad en la producción tecnológica de ciertas variedades cerámicas, que siguen vigentes desde el inicio de la ocupación agroalfarera local hasta el final de la ocupación Aguada. Tal es el caso de la alfarería oxidante de paredes gruesas de grandes vasijas tricolor o lisas (estilo Ambato tricolor o Alumbreira tricolor), y de la cerámica reductora de tradición Ciénaga-Aguada, que muestran una notable continuidad en materia prima y procedimiento de manufactura. Esto trasciende la funcionalidad de las diferentes clases de formas y la distribución en distintas clases de sitios en el tiempo y el espacio. El caso de la cerámica gris-negra es particularmente interesante ya que esta misma tradición tecnológica en el nuevo contexto social del 500 d.C. adquiere otro rol, cuando idénticos procedimientos de manufactura se usaron para producir una variedad más acotada de objetos, vehículos de una información novedosa como es la del estilo Aguada.

Con referencia al uso de estructuras monticulares, se trata de grandes acumulaciones de sedimentos, cerámica rota, huesos animales y humanos, junto con restos vegetales, que aparecen como suaves lomadas de 3 o 4 m de alto, no delimitados en superficie, aunque sí con estructuras circulares o rectangulares en su interior, en los niveles iniciales de ocupación. Probablemente se trate de lugares destinados, entre otras cosas, a ofrendas, quizás domésticas y de una alta reiteración periódica. En varios de ellos (El Altillo, Martínez 3, Martínez 1 y Piedras Blancas, por citar los excavados y con dataciones absolutas) se demuestra la continuidad de ocupación, con un escalonamiento cronológico desde el 50 d.C. en El Altillo (1900 ± 70 años C^{14} A.P.), pasando por el 250 d.C. en el sitio Martínez 3 (1700 ± 60 años C^{14} A.P.), hasta el montículo del sitio Piedras Blancas, entre el 650 y 950 d.C. (1340 ± 40 y 1040 ± 50 años C^{14} A.P., respectivamente). También se ha demostrado cómo un montículo originalmente basurero fue transformado en una estructura piramidal en el sitio Iglesia de los Indios (Gordillo 1994), sucediendo algo similar en el sitio Bordo de los Indios, donde un montículo fue contenido con paredes de pirca de piedras seleccionadas, o en el sitio Huallumil, donde tres de estas estructuras monticulares fueron transformadas en estructuras piramidales.

Mencionamos en tercer lugar el llamado “culto al felino” como señalamiento de una continuidad manifiesta entre ambos momentos. Dicho concepto resume la idea de un complejo ideológico-religioso, representado principalmente en el estilo Aguada, a través de la figura felínica y de humanos con tocados, emblemas de mando y ropas de piel de jaguar, correspondiente a un universo que tiene continuidad demostrada con manifestaciones previas, como la iconografía decorativa y modelada de los estilos Condorhuasi, Candelaria y Ciénaga, con diversas expresiones de “lo felínico”, o de la idea de “felinidad”, (González 1998: 172). También conforman este mundo de lo ideológico-religioso otras series de representaciones con atributos aislados de felinos o de serpientes, saurios, pájaros, murciélagos, batracios y otros seres fantásticos (“draconianos”). La costumbre de sacrificios humanos, su descuartizamiento y quemado, junto con el cercenamiento de cabezas, son otro ámbito de prácticas y materialidades con continuidad en manifestaciones previas en los estilos mencionados, e inclusive de muy antigua data como es el estilo Vaquerías (González 1998).

Sosteniendo entonces una alta probabilidad de un desarrollo local del proceso de complejización, y teniendo en cuenta lo observado a partir de los fechados, podemos ahora retomar la propuesta metodológica y tratar de entender el pasado a partir del presente definido operativamente por nosotros. Desde un punto de vista teórico, y como es sostenido por la mayoría de los autores a partir de distintas interpretaciones del registro arqueológico (González 1961-64, 1979, 1998; Gordillo y Kusch 1987; Pérez y Heredia 1987; Núñez Regueiro y Tartusi 1993, 2000; Pérez Gollán 1991; Heredia 1998) existiría una transición entre el estilo de vida caracterizado por Aguada y las formas previas, marcada por una transformación gradual de uno en otro. De ser así, esperaríamos luego una progresiva metamorfosis de algunos elementos y reemplazo paulatino de otros hasta ir configurando ese nuevo mundo material y social. De manera contraria, de no existir una fase de

transición, esperaríamos cortes o discontinuidades claras entre pasado y presente, con un reemplazo neto de elementos que entran a configurar ese otro nuevo mundo material y social.

Iniciaremos en lo que sigue el desarrollo de nuestra argumentación a partir de lo que definimos como el presente o nuestra línea base de partida: la sociedad y sus formas de vida en el Valle de Ambato a mediados del primer milenio de la Era Cristiana.

LINEA BASE DEL PRESENTE

A partir de las investigaciones que se vienen llevando a cabo en el Valle de Ambato durante dos décadas (1973-1976 y desde 1985 a la actualidad; Heredia 1998; Pérez y Heredia 1987; Pérez *et al.* 2000) se han podido descubrir y definir una serie de elementos característicos del desarrollo de las sociedades que habitaron la región desde el inicio de la Era. En otro lado hemos detallado con mayor especificidad todos los elementos que hasta ahora caracterizan a este momento de Aguada en Ambato (Laguens 2001), inclusive marcando especialmente los propios de la nueva forma de vida. Aquí, como caracterización de un panorama general, podemos resumir el estado de la cuestión en cuatro lineamientos generales:

- 1) En el Valle de Ambato se registra una sociedad internamente diferenciada, caracterizada por la presencia hegemónica de la cultura arqueológica conocida como Aguada (González 1961-64, 1998) en toda la región, que se manifiesta además en el centro y sur de las provincias argentinas de Catamarca, La Rioja y norte de San Juan;
- 2) La economía de producción para la subsistencia se centra en el cultivo, con actividades complementarias de recolección, caza y se estima que ganadería, con un acceso y/o distribución diferencial de los mismos (Bonnín 2000). El área de captación de recursos se expande a diferentes zonas ecológicas hacia el Este y Oeste, distantes en más de un día de tránsito (Marconetto 2001). La producción de bienes materiales denota especialización y estandarización, con diferencias en la inversión de trabajo (Laguens y Juez 1999, Fabra 2001);
- 3) Junto con modalidades de diferenciación social, se detecta un incremento de la población y, entre otros indicadores materiales, hay una marcada construcción cultural del espacio, con un patrón residencial complejo y diferenciado, monumentalidad en las edificaciones, construcción de obras de infraestructura, acompañada de variaciones en la densidad y clases de sitios domésticos y públicos (Assandri 2001, Caro 2002, Assandri y Laguens 2003);
- 4) Distintos bienes materiales actúan como portadores de un simbolismo en función de una ideología dominante, cuyo alcance no se limita al Valle de Ambato y la región de influencia Aguada, sino que trasciende sus fronteras y se integra regionalmente en un ámbito geográfico extenso de los Andes del Sur, incluyendo vinculaciones con regiones como el oasis de San Pedro de Atacama y el altiplano boliviano (Pérez Gollán 1998).

A partir de este panorama, nos interesa centrar la mirada sobre lo material y sus interrelaciones en los ámbitos que venimos investigando: el espacio construido, la economía, la tecnología, el trabajo, las personas y la ideología

Con referencia al espacio, podemos diferenciar dos escalas: una mayor que comprende el valle como contenedor de la estructura de asentamiento y espacio físico de desenvolvimiento de las actividades, y otra menor que se reduce a las unidades construidas individuales. En el primer caso, hay una sectorización del paisaje superpuesto a las unidades ecológicas naturales, donde las diferencias la marca la modalidad de uso del suelo asociado a las mismas. Estas unidades se van escalonando desde el fondo del valle hacia las cumbres de los cerros de las dos cadenas montañosas que lo delimitan: en la parte más baja, el sector de asentamiento de ubicación central, donde se concentra la mayor cantidad de unidades de vivienda y sitios públicos ceremoniales; alrededor de éste, un sector de tierras agrícolas, en los piedemontes y faldeos, con construcciones hidráulicas

y agrícolas, junto con algunos asentamientos dispersos; en otro piso altitudinal, un sector de pastoreo, en el norte y cumbres de los cerros, con puestos temporarios.

Más allá de esta zonación natural que pudo determinar ciertas pautas de uso, el espacio es construido como un paisaje diferenciado y socialmente jerarquizado. El sector central es el de mayor densidad de ocupación del espacio, con las unidades de vivienda nucleadas en por lo menos tres grupos morfológicamente estructurados en aldeas (Assandri y Laguens 2003; Assandri 2001). Cada una de ellas presenta una jerarquía muy clara del espaciamiento interno de acuerdo a las clases de viviendas, sus tamaños, cantidad, segregación mutua y distancia relativa al río principal. Cuanto mayor es el tamaño de los asentamientos, menor su cantidad y mayor la proximidad al río. A su vez, la distancia entre los sitios es directamente proporcional a su tamaño: los sitios pequeños, de 2 a 4 recintos, son los más numerosos y se hallan aglutinados, muy cercanos entre sí, en alrededor de 50 m, mientras que los mayores aparecen aislados, como formando amplias áreas de exclusión, de más de 200 m. Como regla general, los sitios de mayor tamaño –tanto residenciales como ceremoniales– nunca tienen en su proximidad sitios pequeños.

Las diferencias entre las personas y el acceso diferencial al recurso espacio queda de manifiesto en la distribución relativa de la superficie ocupada por cada una de las clases de sitios dentro de cada jerarquía, donde menos gente tenía más derecho a mucho más espacio que la mayoría de la población. De acuerdo a los tamaños de sitios y la cantidad de cada uno de ellos, y estimando las diferencias absolutas en términos de superficie, surge que el 59 % de la tierra construida se distribuye sólo entre 9 asentamientos muy grandes con sectores, mientras el 41 % restante se divide entre 73 sitios más pequeños, en el caso de una de las aldeas (Assandri 2002) (Tabla 1).

Tabla 1. Proporción relativa de superficie ocupada por cada clase de sitio
(en base a Assandri 2002)

Clase de sitios	Cantidad	Sup. en m ²	Sup. en %	Suma acumulativa
Pequeños	29	3.033	3,7 %	3,7 %
Medianos	23	8.432	10,3 %	14 %
Grandes	13	9.422	11,5 %	15,5 %
Muy grandes	8	12.647	15,4 %	40,9 %
M.G c/sect.	9	48.464	59,1 %	100 %
<i>Total 500 d.C.</i>	82	<i>81.998</i>	<i>100 %</i>	<i>100 %</i>
Monticulares (50 d.C.)	22	3.600*	100 %	

* Valor aproximado dada la dificultad de establecer con precisión sus límites

Si bien existe una marcada disparidad en el tamaño del espacio construido de los sitios, que van desde pocas decenas de metros cuadrados en las viviendas pequeñas hasta varios cientos o miles de metros cuadrados en grandes unidades residenciales y construcciones públicas – como los complejos de plazas y pirámides – todos comparten las mismas técnicas constructivas de paredes de tapia y columnas de piedra, con o sin revestimiento de piedra, y muros de pirca. Además, toda construcción, sea cual fuere su tamaño, presenta exactamente la misma orientación solar con respecto al Este, con una desviación de 4 grados, como si no hubiera distinción entre las personas en cuanto al uso de recursos materiales y técnicas en la construcción. La diferencia está marcada en la manera en que esas mismas técnicas constructivas fueron combinadas en morfologías diferenciadas y jerarquizadas por la complejidad del diseño arquitectónico y el emplazamiento en el paisaje (Caro 2002).

Otro elemento que participa de manera diferencial de acuerdo a la forma en que entra en juego como recurso material es la alfarería. La cerámica de estilo Aguada, con alto grado de inversión artesanal y producción especializada (Laguens y Juez 1999, Fabra 2002a, 2002b), alta calidad y complicada carga simbólica, es interpretada usualmente como un bien de prestigio. Su fabricación estaba en manos de alfareros especializados, distintos del grupo de los consumidores, con una dedicación de tiempo significativa en su manufactura (Fabra 2002a). Sin embargo, su distribución y uso no estaba restringido a un sector en particular de la sociedad sino que, por el contrario, aparece tanto en los asentamientos pequeños como en los grandes sitios residenciales y ceremoniales, aunque en proporciones diferentes (Tabla 2).

Con respecto a la economía de recursos, en general, los animales consumidos pertenecen en su gran mayoría al género *Lama* (llama o guanaco), los que aparecen en toda clase de sitios,

Tabla 2. Distribución relativa de tres grandes grupos cerámicos (Aguada, alfarerías Ordinarias y Otras clases) en una muestra de sitios de distintas clases

Sitios 500 d.C-	Tamaño	Aguada %	Toscas %	Otras %
Cerco de Palos 069/6	MGS	16,81	38,93	44,26
Bordo de los Indios 4	MGS	56,25	31,25	12,5
Bordo de los Indios 2	MGS	67,65	5,88	26,47
Cerco de Palos 069/1	MGS	76,32	2,63	21,05
Bordo de los Indios 5	MGS	77,77	0	22,23
Bordo de los Indios	MGS	20,00	3,33	76,67
Giles 016	MGS	10,10	29,29	60,61
Cerco de Palos 069	MGS	7,91	65,47	26,62
Bordo de los Indios 1	MG	39,58	16,66	43,76
Bordo de los Indios 6	MG	42,1	21,05	36,85
Piedras blancas	MG	47,22	35	17,78
Martínez 2	G	31,03	55,17	13,79
Bordo del Kilo	G	53,85	15,38	30,77
Cárdenas 071	G	54,31	17,25	28,44
Martínez 1	M	9,41	44,9	45,68
Saavedra 007 (ver)	M	30,00	20,00	50,00
Los Castillos	M	25,00	12,50	62,50
Martínez 1	M	9,41	44,90	45,68
Montículo de Kiko	M	7,14	76,19	16,67
Saavedra 018	M	4,35	41,74	53,91
Cerco de Palos 073	P	12,50	47,50	40,00
Martínez 4	P	8,56	54,21	37,23
Cerco de Palos 068	P	3,85	73,08	23,08
<i>Sitios 50 d.C.</i>				
Martínez 3	Mont.	1,34*	56,43	42,22
El Altillo	Mont.	0,70*	57,69	37,8
Altor Grande	Mont.	1,65*	93,81	4,54
Los Castillos 1	Mont.	1,56*	56,41	42,03
Los Castillos 2	Mont.	1,92*	52,88	45,19

(P: Pequeños; M: medianos; G: Grandes; MG: Muy grandes; MGS: Muy grandes con sectores; Mont.: Monticulares)

(*) cerámica aguada en niveles superficiales.

aparentemente sin una restricción en el acceso. No obstante, cuando se analiza las partes alimenticias consumidas o el contexto de uso de los animales en cada clase de sitio, el panorama no es tan igualitario. En tanto recurso alimenticio, el estudio de las pautas de consumo denota una distribución diferencial en función del contenido de carne por las piezas anatómicas: en los sitios chicos, posible residencia del común de la gente, los restos corresponden primariamente a los extremos de las patas o a huesos con poca carne; mientras que en los sitios residenciales mayores, se trata de mejores cortes, con abundante masa muscular, de buen rinde (Bonnin 2000). Es decir, que el volumen de recursos alimenticios animales se distribuye de manera diferencial de acuerdo a la jerarquía de sitios.

Desde el punto de vista del capital económico en juego y acumulado a través del almacenamiento, los sitios de mayor jerarquía son los que tienen la mayor cantidad de infraestructura de depósito en vasijas de gran tamaño, de más de 1.000 litros de capacidad, tanto para semillas cultivadas o recolectadas, así como para líquidos (Zaburlin 2001). Es clara la existencia de una relación directa entre el tamaño del sitio y su jerarquía en la estructura de asentamiento con el volumen de capital económico manejado.

En ese mismo tipo de sitio jerárquico, hemos encontrado que los animales juegan un rol adicional, en cuanto participan en contextos ceremoniales o rituales, asociados a eventos fundacionales de las estructuras, hallándose esqueletos completos de camélidos neonatos como ofrendas previas a la construcción de muros o, en un caso particular, debajo de un horno para la recocción de metales (Espósito y Marconetto 2004), objetos usualmente de alto valor económico y simbólico. La desviación de un recurso alimenticio hacia otro campo de interacción, en este caso el de las creencias, acrecienta la acumulación de prestigio y capital social frente a otros para los cuales los animales son principalmente un recurso alimenticio, o carecen de los recursos económicos y sociales suficientes como para sacrificar u ofrendar un animal de rebaño.

Por su parte, en esta misma clase de sitio se sacrificaron y enterraron dos niños de muy corta edad en acciones rituales, lo que refuerza la diferenciación a través de la acumulación de capital social y simbólico, y posiblemente cultural, por parte de los ejecutores del ritual, mediante el control y manejo de la vida de otras personas, materializado a través de actos rituales, violencia simbólica y bienes tangibles.

En cuanto a la producción de la alfarería y la dedicación al trabajo, se trata de un tipo de labor organizada en torno a una división de las personas por su ocupación especializada. Existía una organización de la producción basada en pautas muy acotadas de fabricación, formas, tamaños y decoración (Laguens y Juez 1999), las que requirieron de una dedicación significativa de tiempo y una serie de conocimientos específicos, que sólo pudieron haber sido hechos por alfareros especializados, tanto para la cerámica ordinaria como para la más elaborada, de estilo Aguada (Fabra 2002b). En uno de los sitios de tamaño menor, Martínez 1, se hallaron restos que denotan que se trataría de una vivienda de artesanos alfareros (Assandri 1991), por lo que esta producción especializada se realizaría dentro de grupos de poca jerarquía social. Luego, como vimos más arriba, la producción era distribuida indistintamente tanto entre el común de la gente como entre los grupos de mayor jerarquía.

La presencia de una estructura de combustión para metalurgia en un sitio de jerarquía remonta a otro tema asociado a la desigualdad y es el de la existencia de diferenciaciones sociales basada en el trabajo de la gente. Esto se registra tanto en lo concerniente a la tecnología metalúrgica como a la alfarera, que a su vez refleja el manejo y los derechos de acceso a los recursos naturales. En lo referido a la metalurgia, el hallazgo de este horno de recocción de cobre en un recinto especial dentro de un sitio residencial grande, Piedras Blancas (Caro 2002, Espósito y Marconetto, 2004; Marconetto 2002), marca la presencia de una actividad especializada asociada a, y quizás controlada, por los residentes en esta clase de sitio.

Dada la distribución de las distintas clases de recursos –en el sentido más amplio del término– podemos considerar que a la cultura material se la hacía partícipe en la definición, mantenimiento

y reproducción de desigualdades de una manera ambigua: en tanto supuestamente denotaba uniformidad en una dimensión, en otra a la vez marcaba desigualdad; mientras aparentemente podía ser compartida sin distinciones, sin registrar restricciones aparentes en el acceso en cuanto a su variedad, a la vez era utilizada de un modo diferenciador por su cantidad y acumulación. Es decir, las mismas clases de bienes que por un lado se usaban para unir y uniformar a las personas, simultáneamente distinguían y diferenciaban por el otro (Laguens 2003a).

En síntesis, podemos ver que en cierto momento dado en el tiempo que elegimos para caracterizar la sociedad del Valle de Ambato, se hallan instauradas formas de producción y mantenimiento de desigualdades entre las personas, estableciendo distinciones entre las posibilidades y capacidades de adquisición, producción, consumo y acumulación de recursos de distinta índole – materiales e inmateriales – por parte de las personas. Estas formas institucionalizadas de establecer y mantener diferencias se sostenían sobre una base excedente de productos naturales y cultivados, una infraestructura hidro-agrícola de escala regional, un sistema estructurado netamente de manera jerárquica en cuanto a derechos y posibilidades de uso de la tierra de vivienda y la comunitaria, junto con una organización del trabajo con cierto grado de especialización y una distribución diferencial de las facultades sobre los bienes materiales. Muy probablemente, el mantenimiento y reproducción de una organización tal, la conservación del poder y el control de las disposiciones de la gente a este orden, estuvo reforzado por una ideología que se plasmó y se objetivizó en todo el mundo material de Ambato, desde los bienes muebles más pequeños hasta las grandes construcciones ceremoniales con orientación astronómica.

EL PASADO

Del mismo modo que caracterizamos a la sociedad Aguada en Ambato, podemos resumir las características generales de la forma de vida previa a partir del registro arqueológico en cuatro puntos principales:

- 1) En el Valle de Ambato, se registra la presencia para el año 50 d.C. de sociedades con poca diferenciación entre las personas, que comparten una serie de elementos en común con otros grupos de zonas aledañas (usualmente englobados bajo la denominación de sociedades del Período Formativo).
- 2) La economía de producción para la subsistencia se puede considerar como basada en una economía productora de baja escala, con poca inversión en obras de ingeniería agrícola y/o hidráulica, con baja capacidad de producción excedente. Una importante parte de la dieta se complementaba con caza (Bonnin 2000). La producción de bienes materiales se organizaba como manufacturas domésticas, de niveles bajos o muy incipientes de especialización, sin diferencias marcadas en la inversión de trabajo (Fabra 2002a y b).
- 3) La organización de los asentamientos estaba concebida en términos de unidades residenciales dispersas, de tamaño pequeño, cerca o dentro de las áreas de aprovisionamiento y de manantiales o fuentes de agua permanentes. La densidad de ocupación del espacio era baja, con asentamientos dispersos en el piedemonte y algunos en el fondo del valle, análogos entre sí, sin mayores diferenciaciones. La inversión en la construcción del paisaje era de bajo impacto, de escala pequeña y baja visibilidad (Herrero y Avila 1993).
- 4) Las actividades rituales se practicaban a nivel doméstico o a escala de la localidad, con la asignación de montículos para fines ceremoniales. Los mismos bienes materiales de uso cotidiano eran re-definidos en sus funciones o por su participación en ámbitos distintos, fueran éstos domésticos, rituales o funerarios.

Como hicimos arriba, en los párrafos siguientes nos centraremos con más detalle sólo en ciertos temas especiales del mundo material y sus interrelaciones: el espacio, la tecnología y la economía de recursos.

Pequeñas unidades de asentamientos dispersas en el paisaje, de tamaño, formas y técnicas constructivas similares, caracterizan la organización del espacio de asentamiento. Con una inversión en la construcción del paisaje de bajo impacto, sobre una base pequeña y de poca visibilidad (Herrero y Avila 1993), la densidad de ocupación del espacio fue baja y pareciera como si no hubiera habido ninguna diferencia especial en el acceso al espacio como un recurso material, en la medida que los sitios son todos similares en tamaño y forma (Tabla 1): sitios monticulares de dos o tres metros de alto, nunca mayores a 150 m². Se han detectado 22 sitios con estas características, ubicados en su mayoría sobre el piedemonte oriental del Valle, en una faja altitudinal entre 1.200 y 1.300 msnmm, aunque algunos – posiblemente algo más tardíos – se encuentran en el fondo del valle. En la excavación de dos de ellos se han encontrado estructuras constructivas en los niveles iniciales de ocupación: en El Altillio (Fabra 2002a y b), se encontró una estructura circular de piedras grandes de una sola hilera, de 12 m de diámetro, como basamento para una pared de tapia; en la base de otro montículo en el sitio Piedras Blancas, se hallaron restos de una pared de adobes toscos en una planta rectangular, a aproximadamente 1,80 m de profundidad. En otros casos, pareciera que las paredes de barro han colapsado y ahora se encuentran como capas compactas de sedimentos.

Al mismo tiempo, la distribución de estos montículos en el paisaje parece no haber sido restringida por algún principio de ordenamiento, ni haber estado diferenciada por una regla subyacente o un rasgo natural que hubiera impuesto diferencias entre ellos o que hubiera podido limitar sus posibilidades de emplazamiento. La mayoría se encuentra en diferentes puntos del paisaje, sin alguna distancia media regular entre ellos, pero sí en una asociación reiterada con fuentes de agua permanente y terrenos potencialmente cultivables, como si esta disponibilidad de recursos naturales fueran criterios importantes para su emplazamiento. En relación con esto, la mayoría de los sitios se halla próxima a terrenos de pendientes suaves, utilizados como campos de cultivo, cortados transversalmente por líneas de piedra de una sola hilera, irrigados por uno o dos canales de piedra alimentados de manantiales de los cerros cercanos, siendo muy común hallar en los sitios instrumentos de moliendo, manos y morteros.

La producción de bienes materiales estaba organizada como manufactura doméstica, con poca o nula especialización artesanal, sin denotar ninguna diferencia marcada en inversión de trabajo (Fabra 2002b). La tecnología alfarera se caracteriza por su alta diversidad, que se manifiesta no sólo en los motivos decorativos y en la variedad de formas, sino también en los procedimientos de manufactura, lo que resulta en una alta variabilidad de clases en cada sitio. Pese al amplio espectro de variación en los estilos decorativos, que incluyen técnicas de pintura, incisión y acabados de superficie pulidos, predominan los motivos abstractos, al mismo tiempo que vasijas modeladas representan caras humanas, figuras felínicas y ciertos seres fantásticos, mitad humano-mitad murciélagos. La cerámica ordinaria es la clase más abundante (Tabla 2), la que fue usada para ollas de cocción y grandes vasijas de almacenamiento, algunas de ellas decoradas con diseños geométricos pintados en negro, blanco y rojo, de estilo Ambato tricolor o Alumbreira tricolor. La cerámica gris-negra reductora, de estilo Ciénaga, fue usada para jarras y pucos, con motivos geométricos de línea fina y punteada, así como zoo y antropomorfos. Ambas clases cerámicas fueron hechas con materiales locales (Bertolino y Fabra 2003), que se hallan en dos fuentes de arcilla ubicadas en las proximidades de estos sitios, en la cota de 1.400 msnm, y su inversión artesanal puede ser considerada de una dedicación de tiempo baja a media (Fabra 2002a). Su distribución es generalizada en todos los sitios, los que comparten aproximadamente la misma proporción relativa de cada clase (Tabla 2), algunos con baja presencia de cerámica de estilo Aguada en las capas superiores o en superficie (Avila y Herrero 1991, Fabra 2002a y 2002b, Federici 1991).

En referencia a la economía de recursos, aunque *Lama* es el género más abundante en el registro arqueológico, los animales de caza eran también un elemento muy importante en la dieta. La distribución de especies en los sitios y sus prácticas de consumo apuntan hacia un acceso

generalizado, no restringido a estos recursos, fueran silvestres o domesticados (Bonnin 2000). Todas las especies corresponden a animales que se pudieron obtener en un radio de aprovisionamiento cercano a los sitios, no superior a medio día de caminata.

Restos carbonizados de marlos de maíz (*Zea mays*) de variedad *Microsperma* o reventón, o de *Oryzaea* o Pisingallo, junto con semillas de porotos (*Phaseolus vulgaris*), confirman el consumo de este recurso, probablemente cultivado bajo riego en los campos de las inmediaciones de los sitios.

Las capacidades de almacenamiento tienen una distribución generalizada en todos los sitios, siendo la estructura más común unas vasijas de cerámica ordinaria de 60 litros de capacidad, que se encuentran en proporciones similares en la mayoría de los sitios. Algunas de estas vasijas son las pintadas en rojo, negro y blanco, con motivos geométricos de triángulos, guardas serpentiformes y triángulos escalonados.

Se practicaban diversas actividades rituales en una escala doméstica y comunal, con el uso de los mismos montículos para fines ceremoniales. Se han hallado contextos interpretados como ofrendas en el sitio El Altillo, consistentes en marlos maíz quemados con carbón dentro de un puco de cerámica con baño interno rojo de muy buena calidad, así como es común encontrar restos óseos humanos fragmentados, dientes y falanges, dispersos en los depósitos, algunos de ellos con marcas de corte y descarné; en una oportunidad se hallaron restos de un feto humano en las capas inferiores del montículo del sitio Piedras Blancas, cerca de restos de un muro de adobes, en un contexto de características tempranas.

Los bienes materiales de uso diario también fueron redefinidos en sus funciones al hacerlos participar en diferentes esferas, domésticas o rituales. Se han hallado entierros aislados de cerámica tricolor pulida, de estilo Condorhuasi, en terrenos aptos para el cultivo, así como un par de grandes fragmentos de una vasija esta misma clase cerámica asociados a tres esculturas líticas zoomorfas en las proximidades de uno de los montículos.

En síntesis, podemos considerar que a la cultura material se la hacía participar de un modo generalizado entre todas las personas, en un contexto de baja densidad poblacional, en sitios sin mayor diferencia entre sí, de tamaños y formas similares, unificados por compartir de manera extendida las mismas variedades y clases de recursos materiales, como si no hubiera habido diferencias muy conspicuas en el acceso a los recursos y, posiblemente, entre la mayoría de las personas.

EL PRESENTE Y SU PASADO

Es claro que han surgido diferencias marcadas entre ambos momentos. No sólo en lo referente a los objetos y los mundos materiales –que obviamente lo son– sino a niveles más básicos en cuanto a principios organizativos subyacentes.

Como una manera de contrastar de manera más concreta esas diferencias, seguimos un procedimiento descriptivo, de carácter comparativo, donde anotamos las similitudes y diferencias principales como continuidades y discontinuidades encontradas entre uno y otro momento. Para ello hemos hecho una tabla (Tabla 3) donde, a partir de los ámbitos principales de análisis que venimos trabajando, se señalan los ítem que perduran y los que presentan diferencias. En una segunda tabla (Tabla 4), se anotan los cambios considerados como innovadores en Ambato, que no tienen antecedentes en el momento previo, señalando el contraste entre ellos. En ambos casos, nos basamos en información ya procesada por el equipo de investigación que hemos detallado en otro lado (Laguens 2001, Laguens 2003a).

Tabla 3. Comparación entre elementos con continuidad y nuevos elementos sin antecedentes locales conocidos encontrados en Ambato alrededor del año 500 d.C., (en base a Laguens 2003).

AMBITOS	CONTINUIDADES	INNOVACIONES
USO DEL ESPACIO	Variaciones en la intensidad de las ocupaciones	Innovación en la conformación del espacio habitable
	Actividades ejecutadas en referencia a montículos	Innovación en el uso del espacio
	Uso de montículos ceremoniales	Mayor especialización del espacio Valor social del espacio como bien de prestigio
ESPACIO CONSTRUIDO		Uso de la arquitectura como medio material de señalar diferencias sociales
		Innovación en la combinación de técnicas constructivas
		Aumento de la cantidad de sitios
		Aumento del tamaño de sitios
		Mayor diferenciación y segregación espacial intrasitio a mayor riqueza, status social o diferenciación
		Definición de un nuevo paisaje
ECONOMIA	Uso de recursos forestales locales	Expansión de la superficie cultivada
	Recolección de frutos silvestres de especies locales	Conformación de un nuevo espacio económico
		Expansión de la base económica
		Restricción en el acceso a recursos animales
		Distribución discriminada de los recursos
		Ampliación de los radios de aprovisionamiento de maderas para la construcción
		Incorporación de nuevas variedades de maíz
		Complejización del sistema agrícola de producción y almacenamiento
		Intensificación de la producción
Aumento de la capacidad de almacenamiento		

(continuación tabla 3)

AMBITOS	CONTINUIDADES	INNOVACIONES
RITUALES	Prácticas rituales (ajueros/ofrendas)	Diferenciaciones en el tratamiento de las personas en la muerte
	Cabezas cercenadas y reliquias humanas	Sacrificios humanos rituales Inclusión de elementos Aguada en prácticas rituales
TECNOLOGÍA	Tradiciones tecnológicas de manufactura cerámica: Ciénaga y <i>Tricolor</i>	Aumento de la diversidad de formas de artefactos metálicos
	Uso de materias primas arcillosas locales	Generalización en la distribución de artefactos metálicos utilitarios
	Uso de recipientes alfareros (urnas Tricolor) como depósitos	Innovación tecnológica en el control hídrico
	Tradición tecnológica en la producción de artefactos líticos tallados y pulidos.	Innovación tecnológica en la infraestructura de cultivo
		Aumento de la inversión artesanal en la producción de artefactos óseos
		Organización de la producción alfarera en base a procedimientos estandarizados. Inicio de especialización.
		Innovación temática en la iconografía. (Aguada)
Nuevos discursos gráficos		
SOCIEDAD		Valorización y/o categorización diferencial de las personas
		Status heredados

EL PRESENTE CLAVE DEL PASADO

Se puede apreciar en las tablas anteriores que las innovaciones superan ampliamente en número la cantidad de continuidades o elementos que perduran en el 500 d.C., ya vigentes en el pasado anterior (Tabla 3). Asimismo, resultan contrastantes las nuevas modalidades que adquieren varias formas de hacer las cosas en el 500 d.C. (Tabla 4). En el caso de las continuidades, éstas conforman el único grupo de elementos cuya presencia en el pasado podría ser entendida a partir

Tabla 4. Comparación entre las características de las formas de vida en el Valle de Ambato alrededor del año 50 d.C. y del año 500 d.C. a partir de elementos contrastantes (en base a Laguens 2003a)

AMBITOS	50 ± 150 d.C.	500 ± 150 d.C.
ESPACIO FISICO	Ocupación de baja densidad del valle	Aumento de la población
ESPACIO CONSTRUIDO	Asentamiento predominante en piedemonte	Asentamiento predominante en el fondo de valle
	Uso de estructuras monticulares.	Estructuras monticulares revestidas con piedras
	Vivienda en sitios monticulares	Redefinición de los sitios monticulares
	Técnicas constructivas de pared simple	Técnicas constructivas combinadas
	Actividades rituales de escala doméstica o local	Rituales públicos comunitarios
RECURSOS	Sistemas agrícolas de baja escala	Obras de ingeniería agrícola
	Importancia de recursos animales de caza	Reducción en el número de especies cazadas
	Distribución generalizada de recursos animales	Distribución diferencial de especies y partes anatómicas
TECNOLOGÍA	Diversidad de estilos cerámicos	Disminución de la variabilidad cerámica

de su nexa con el presente. De los 45 elementos considerados sólo 11 son los que continúan, contra 34 elementos novedosos que se suman a otros 10 que cambian totalmente o reemplazan a otros tantos homólogos (Tabla 4). Es decir, en términos solamente numéricos, encontramos que un 20 % del contexto del 500 d.C. tiene su lazo con el pasado. Sin embargo no podemos estimar de la misma manera cuantitativa si eso es significativo o no, ya que desconocemos el valor y significado de esas continuidades, así como de las diferencias, en ese nuevo mundo social. Podemos aproximarnos en cierto aspecto, en tanto se observa en la tabla que la mayoría de dichas perduraciones tienen que ver con usos de recursos básicos – como materias primas arcillosas y líticas, tecnologías de pulido de la piedra, o productos económicos – cuyo espectro de variación e innovación se pueden ver limitados por la oferta natural y las propiedades de los recursos en cuestión. La excepción son dos elementos vinculados con lo ideacional y lo ritual (ofrendas y prácticas de sacrificios humanos y/o conservación de reliquias), aspectos usualmente considerados como más conservadores en toda sociedad.

Habitualmente, cuando se encuentran situaciones arqueológicas tan distintas, se tiende a pensar que los desarrollos de otras formas de vida más diversificada y heterogéneas no tuvieron sus raíces en las poblaciones locales previas, sino que se recurre a explicaciones difusionistas,

invasiones, hibridaciones, modelos centro-periferia, etc. Sin embargo, en este caso, cuando tratamos de entender el pasado a través del presente, ante estas mismas situaciones tan distintas y ante cambios locales tan profundos, de rupturas tan marcadas con lo anterior, creemos que se trató de un proceso de una magnitud como para transformar y re-estructurar a la sociedad y que como tal no puede ser explicado sólo por mecanismos de transculturación, que en el fondo presuponen pasividad del sustrato receptor.

Hemos planteado más arriba dos posibilidades extremas de cambio: una gradual y transicional, y otra abrupta y discontinua. Dijimos que en el primer caso sería de esperar encontrar lazos muy netos entre ambos momentos considerados, con muchas continuidades que fueran modificándose progresivamente en el tiempo, junto con la discontinuidad o desaparición de otros y la aparición gradual de elementos nuevos. Sin embargo, cuando volvemos a los datos de las tablas 3 y 4 vemos que el panorama en Ambato se presenta como algo muy distinto: las discontinuidades e innovaciones son más numerosas que las continuidades, y éstas no parecen tener sus raíces en el pasado. Es como si el presente de Aguada apenas alcanzara para entender su pasado.

Pudimos observar a partir del registro arqueológico que pocos son los elementos que realmente muestran continuidad. Además, cuando de un modo comparativo tratamos de entender los principios organizativos de la sociedades más tempranas a partir de aquellos otros del presente de Aguada, nos encontramos con contextos muy distintos, estructurados en torno a criterios disímiles. A manera de ejemplo podemos comparar ciertos elementos en diferentes escalas de materialidad, seleccionados entre algunos de los aspectos señalados en las Tablas 3 y 4, y que muestran mayores contrastes entre ambos momentos. Tal es el caso del uso, valor y significado del espacio físico natural y construido, del acceso a los recursos de subsistencia, del rol del trabajo y de la ideología.

En lo que concierne al espacio físico y su valor social vimos cómo en el 500 d.C. las posibilidades de uso del espacio y la distribución dentro del paisaje participan como un principio diferenciador entre las personas, que contrasta con la distribución homogénea e indiferenciada de los sitios del 50 d.C., que parecen responder a principios prácticos de distancia a las fuentes de agua, tierras cultivables y otros recursos naturales, donde la magnitud de la separación física entre unidades residenciales y el emplazamiento en el paisaje no parecen portar valor simbólico especial.

Con respecto al espacio construido volvemos a encontrar la misma disparidad de principios: en los sitios Aguada lo construido carga un mensaje manifiesto intencionalmente mediante lo externo y visible a través de la combinación de técnicas constructivas, el tamaño y los volúmenes de lo edificado, a la par de simbolismos más profundos en función de la orientación astronómica; roles de lo construido que no encontramos que tengan equivalencia en el paisaje cultural anterior, donde hay una baja inversión en lo construido, que inclusive termina siendo oculto por la depositación y acumulación continua. Es interesante notar aquí que el uso de los montículos marca rupturas, pero también continuidades, ya que si bien los montículos siguen siendo habitados o usados por un tiempo (¿quizás por aquellos más resistentes a los nuevos cambios?), y siguen siendo el centro de actividades semejantes a las que se hacían con anterioridad, en otros casos hay una re-definición de su rol, son delimitados materialmente, y muchos pasan a integrarse a espacios públicos construidos, amplios y multitudinarios, dejando de ser lugares de acumulación para convertirse en soporte de sacrificios humanos y rituales.

En el caso de la explotación de los recursos animales, mientras que en las sociedades del 500 d.C. ésta responde a pautas acotadas de derechos diferenciados para la adquisición y consumo de acuerdo a la posición relativa de las personas en el espacio social, en los grupos del 50 d.C. la explotación de estos recursos reconoce criterios generalizados de acceso, distribución y consumo homogéneos para todas las personas.

La dedicación al trabajo es otro ámbito donde el principio de división de las personas según su dedicación y especialización no encuentra parangón en etapas anteriores, en las que probablemente la asignación y distribución de tareas estuvo más acotada por la estructura interna del ámbito

doméstico que en función de una estructura social supra-familiar o de una demanda exterior al núcleo familiar.

Asociado a este principio regulador, las restricciones socialmente impuestas en las pautas de manufactura cerámica en Aguada, tanto en forma como contenido gráfico, contrastan con la libertad creativa anterior, con mayor variedad de formas y combinaciones de pastas y decoración. Asimismo, las pautas del discurso iconográfico son casi opuestas si comparamos el estilo Aguada con los estilos Condorhuasi o Ciénaga: mientras el primero realza la violencia simbólica y enfatiza la narración sobre lo salvaje, lo indomable y lo fantástico, los otros estilos se centran mayoritariamente en lo doméstico, los humanos modelados, el arte textil y lo domesticado, y secundariamente en lo fantástico (Haber *et al.* 2000).

Podemos sumar a estos elementos otro particular como es el papel invasor de la representación de la “felinidad” (*sensu* González 1998) en todos los ámbitos, es decir, la constante materialización y reiterada presencia de lo ideológico y religioso en diversas esferas de interacción entre las personas y las cosas, hasta en lo más mínimo del utillaje cotidiano. Tal énfasis no se encuentra con anterioridad, donde los artefactos sólo entran en contextos de interacción ritual por su intención de uso y no por su intención de diseño original (como los jarros y pucos Ciénaga en ofrendas, por ejemplo). Aunque en Aguada también se cambian las asignaciones de los artefactos por su uso, desde el inicio de su misma existencia siempre han de portar representaciones alegóricas o emblemáticas de lo sagrado o sobrenatural.

Es claro que los contrastes son marcados y profundos. Surge entonces una inferencia para reflexionar, en cuanto advertimos que el presente no estaría actuando como clave del pasado. ¿Se trata de un problema metodológico?, ¿una falla del instrumento de observación?, ¿o es algo histórico, que efectivamente sucedió?, ¿la magnitud del cambio fue lo suficientemente grande como para que los nexos entre pasado y presente resulten mínimos?

Con respecto al problema metodológico, quizás lo que ha pasado en su aplicación no es muy distinto de lo que sucede en la práctica científica corriente con el principio del actualismo con respecto a su potencial real: el principio da ciertas pautas, pero no resuelve directamente la comprensión del pasado, y es necesario acudir a otras herramientas adicionales, pese a lo cual resulta eficaz como herramienta de interpretación y explicación. También puede ser que el pasado sea aún más complejo de lo que pensamos, o bien que directamente los lazos con el presente no son tan fuertes como suponemos, hechos ambos bastante probables. Bien es posible que aquellos principios actuantes en el pasado similares a los del presente trabajen en otro nivel, sea éste mucho más profundo y difícil de recuperar, sea en un nivel de alta generalidad, sin mayor novedad antropológica (a la manera que lo fueron ciertas “leyes” de los inicios de la Nueva Arqueología). De todos modos, creemos que si bien la aplicación del principio pudo no haber resultado como una clave para el pasado, como metodología que nos fuerza a trabajar desde el presente hacia el pasado, facilitó el señalamiento de los contrastes y por ende funcionó efectivamente como una buena herramienta comparativa, permitiendo descubrir justamente el grado de ruptura con el pasado.

Resta pensar entonces que, siendo así las cosas, el cambio fue ciertamente de una dimensión tal que trastocó y transformó la organización de la sociedad, generando nuevos universos sociales y materiales, actuando bajo nuevas reglas y estructuras, configurados en nuevos ámbitos de interacción entre las personas y las cosas, muy distintos de los anteriores.

COMENTARIOS FINALES

Vemos entonces que, en términos comparativos, para alrededor del 500 d.C. existió no sólo un aumento de la cantidad y variedad de componentes sino que los mismos se presentan también como nuevos factores, constituidos en suma en un cambio profundo en los contextos materiales de existencia, y no como una transformación de entidades pre-existentes. Desde el punto de vista del

registro arqueológico, es probable que inclusive muchos de los elementos que muestran perduración entre ambos momentos, y que material y tecnológicamente son análogos, sin embargo hayan sufrido una redefinición al participar en otros contextos de interacción, tal como es el caso de toda la serie de objetos de manufactura tradicional que presentan continuidad: la cerámica Tricolor y el estilo Ciénaga, las técnicas constructivas o ciertas creencias y prácticas rituales. Como refuerzo de esta suposición vale lo que señaláramos más arriba acerca de cómo los mismos elementos tradicionales que son utilizados para aparentar una situación de igualdad y paridad en las posibilidades de acceso a ciertos recursos por parte de todos – como ciertas materias primas o técnicas constructivas – son utilizados asimismo para marcar diferencias entre las personas de acuerdo a su combinación, volumen y acumulación.

En base a los datos disponibles, las características del registro y a la cronología absoluta, nos arriesgamos a sostener que dicho cambio en Ambato no sólo fue de una importante escala y magnitud que afectó a todos los miembros de la sociedad, sino también que tiene que haber sucedido en un lapso muy breve, quizás de una o pocas generaciones. No habría un período de transición prolongado, sino que se trató de un cambio más bien brusco, un salto, en términos de los tiempos arqueológicos, como se puede deducir a partir de las series de fechados (Bonnin y Laguens 1997). Dada la alta diversidad de nuevos elementos e innovaciones, lo neto de la discontinuidades entre el pasado y el presente, los pocos elementos que siguen presentado una persistencia o supervivencia, nos atrevemos a arriesgar que quizás este cambio tuvo características similares a las de un cambio de tipo revolucionario. Hablamos de un cambio de un carácter revolucionario en tanto y en cuanto en muy corto tiempo se produce una ruptura neta con muchas tradiciones, un abandono y reemplazo de formas arraigadas de hacer las cosas por otras totalmente novedosas (sin que ello implique la existencia de una revolución en el sentido común del término, por lo que hablamos de carácter y no de un movimiento o proceso).

Una impresión similar ya había sido expresada por González, aunque en otros términos, pero que encierra también esta percepción de un cambio brusco y breve, al considerar el modo particular en que Aguada aparece en Ambato, a diferencia de otros lugares, donde sostiene que sí habría existido una verdadera transición. González (1998: 260) dice:

“La rapidez con que parece afianzarse Aguada en Ambato, es otro de los factores a tener en cuenta, en las diferencias con el Valle de Hualfín. En este último parece ser un proceso lento y progresivo según lo muestra la transición de los tipos cerámicos de una a otra cultura. En Ambato la aparición de los nuevos tipos y estilos cerámicos son “*explosivos*” o por lo menos no hemos detectado esa transición hasta ahora.” [énfasis agregado]

Con respecto a los estilos cerámicos, también señala que:

“Es evidente que salvo algunos casos de perduración y readaptación en la alfarería (como el Ambato tricolor), la desaparición de los tipos precedentes [Condorhuasi-Alamito y Ciénaga] se hizo con bastante rapidez en la cultura que se estaba gestando [Aguada]” (op. cit.: 259).

Es sugerente preguntarse hasta qué punto –más allá de su carácter revolucionario o no– las nuevas configuraciones de lo material participaron como nuevos universos sociales, materiales e ideacionales que, en definitiva, fueron para la gente una diversificación del espectro de recursos disponibles, tanto materiales como inmateriales. De ser así, la proliferación y diversificación de lo material que vemos en el registro arqueológico para el 500 d.C. hace pensar en la existencia de nuevas variedades de capital –social, económico, político y simbólico– no existentes bajo esa forma con anterioridad, y que pueden haber respondido al surgimiento de nuevos campos sociales, en tanto sistemas de posiciones y de relaciones entre posiciones donde entraron en juego dichas variedades de recursos o capitales (Gutiérrez 1995).

En conjunto, estos campos resultaron en redes objetivas de relaciones entre las personas muy diferentes a las conocidas con anterioridad, con otra dinámica y estructura, siendo la de la desigualdad social una entre ellas. Ésta, posiblemente, fuera mantenida a través de nuevas formas de inclusión o exclusión entre las personas a partir de las posibilidades de acceso y acumulación de las diferentes formas de recursos y capitales, de acuerdo a la participación diferencial de las personas en el conjunto social o su posición en las redes de campos sociales en juego. En relación con lo previamente conocido, podemos considerar que se trata de una organización y estructura más compleja, compleja en tanto coexisten una mayor heterogeneidad y diferenciación de elementos y prácticas asociadas.

No podemos aún afirmar cómo pudo haber sido el surgimiento de estos nuevos campos sociales, y anticipamos que no nos íbamos a detener en las causas del cambio o los orígenes del procesos de diferenciación social, aunque sí creemos ahora que es muy probable que el proceso de complejización y diferenciación sólo pudo hacerse efectivo cuando los nuevos campos sociales ya se habrían configurado.

Si es correcto y estamos en lo cierto en cuanto a que el cambio fue brusco y abrupto, hay que pensar que, por lo general, un cambio revolucionario implica una transformación de las posiciones en las relaciones de poder. Esto es posible siempre y cuando, por un lado, existan las disposiciones previas en las personas para generar y aceptar estos cambios y, por otro, que haya un encuentro entre la intención de dominación de una fracción y las expectativas de la fracción que pasa a ser dominada (Bourdieu y Wacquant 1995, Clark y Blake 1996, Paynter y McGuire 1991). Ello haría sospechar de alguna situación previa de crisis, conflicto, motivación del cambio, que podría ser indagada desde el registro arqueológico. Hasta ahora en el registro material no se percibe tal situación, pero creemos que el poder definir la modalidad de este cambio, su magnitud y escala, y establecer el grado de continuidad y ruptura entre pasado y presente, puede ayudar a indagar en tal crisis y apuntar a seleccionar las herramientas metodológicas apropiadas para corroborar la vigencia de diversos principios teóricos (supremacía de la ideología, crisis ambiental, presión de población, acumulación de excedente, acumulación de capital simbólico y cultural, evolución cultural, etc.).

Por último, y en un nivel más general de disquisición, es sugerente preguntarse si en otros casos de rupturas y re-configuraciones de gran magnitud para las sociedades – como puede ser el cambio desde las formas de vida de economía cazadora-recolectora a productoras – no se habrán producido otras situaciones semejantes de diversificación y de acumulación de capital, junto con la conformación de nuevos campos sociales de interacción, que terminarían transformando totalmente a las sociedades. Si es así, quizás el principio del presente como clave para el pasado esté girando alrededor de las formas en que se establecen las relaciones de las personas con las cosas. En este caso, partimos de los principios de una economía de las prácticas (Bourdieu 1979, Gutiérrez 1995) en la cual personas en diferentes posiciones en diferentes campos sociales ponen en juego estrategias para adquirir, conservar, aumentar o acumular distintas variedades de capital, y que generarán diferentes espacios de interacción de acuerdo a los contextos históricos locales, sean en Ambato, en Hualfín o en Saujil.

Recibido: septiembre 2004.

Aceptado: agosto 2005.

AGRADECIMIENTOS

Una versión anterior de este artículo fue presentada en el 51^{er} Congreso Internacional de Americanistas en Santiago de Chile, Julio de 2003. Mirta Bonnin, Martín Giesso y Pio García hicieron interesantes e importante comentarios a aquel manuscrito, a quienes estoy agradecido por sus sugerencias, al igual que al comentarista del simposio del CIA, sin que ninguno de ellos sean responsables de las ideas vertidas aquí. El

trabajo de campo y de laboratorio en el que se basa este estudio fue financiado por subsidios de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Técnica, FONCyT, PICT 97 y PICT 2000, la Agencia Córdoba Ciencia, S.E. y el CONICET.

BIBLIOGRAFÍA

Assandri, Susana B.

1991. Primeros resultados de la excavación en el sitio Martínez 1 (Catamarca, Argentina). *Publicaciones* 46: 53-86. CIFFyH, U. N. Córdoba, Argentina.
2001. Procesos de Complejización Social y Organización Espacial en el Valle de Ambato, Catamarca, en: *Arqueología Espacial en Iberoamérica*, coordinado por Arturo Ruiz, *Arqueología Espacial* nro 21, Teruel, España.
2002. Proyecto Ambato: La desigualdad social en la apropiación del espacio. *Actas de las III Jornadas de Investigación en Ciencias Sociales*, CIFFyH, Universidad Nacional de Córdoba. En prensa.

Assandri, Susana y Andrés Laguens

2003. Asentamientos aldeanos Aguada en el Valle de Ambato. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Córdoba*. T. III: 31 – 40, Córdoba.

Avila, Adela y Rodolfo Herrero

1992. Secuencia estratigráfica 1 del sitio arqueológico Martínez 3, Dpto. Ambato, Catamarca. *Arqueología del Ambato*, M. Bonnin y A. Laguens (eds.), pp. 17-52, Publicaciones CIFFyH, U. N. Córdoba, Argentina.

Bedano, María C., Sofía Juez y María D. Roca

1993. Análisis del material arqueológico de la colección Rosso procedente del Departamento Ambato, Provincia de Catamarca. *Publicaciones Nro 7, Tesis y Monografías 1*, Instituto de Arqueología, Univ. Nac. de Tucumán.

Bertolino, Silvana R. y Mariana Fabra

2003. Provenance and ceramic technology of pot sherds from ancient Andean cultures at the Ambato valley, Argentina. *Applied Clay Science* 24: 21– 34.

Binford, Lewis R.

1981. Middle-range research and the role of actualistic studies. En: *Working at Archaeology*, Academic Press, New York, 1983.

Bonnin, Mirta

2000. Patrones de consumo de animales en el Valle de Ambato, Catamarca. Comunicación en *IV mesa Redonda "La Cultura de la Aguada y su dispersión"*, San Pedro de Atacama, Chile.

Bonnin, Mirta y Andrés Laguens

1997. Evaluación de series de fechados radiocarbónicos del Valle de Ambato, Catamarca. *Publicaciones Arqueología*, 48: 65-101, CIFFyH, UNC, Córdoba.

Bourdieu, Pierre

1979. *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Ed. Taurus, 1998.
1997. *Meditaciones pascaliana*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1999.

Bourdieu, Pierre. y Lóic J. D. Wacquant

1995. *Respuestas: por una antropología reflexiva*. Editorial Grijalbo, México.

Caro, Mariana

2002. Desigualdad social y su registro arquitectónico en el sitio arqueológico Piedras Blancas. *Actas de las III Jornadas de Investigación en Ciencias Sociales*, CIFFyH, UNC. En prensa.

- Clark, J. E. y M. Blake
1996. The power of prestige: competitive generosity and the emergence of rank societies in Lowland Mesoamerica. Re-editado en: *Contemporary Archaeology in Theory. A reader*. R.W. Preucel e I. Hodder, eds. Blackwell Publishers, cap. 10: 258-281.
- Earle, Timothy
1987. Chiefdoms in archaeological and ethnohistorical perspective. *Annual Review of Anthropology* 16: 279-308
1997. *How chiefs come to Power. The political economy in prehistory*. Stanford University Press.
- Espósito, Guillermina y Bernarda Marconetto
2004. Metalurgia y recursos forestales en el Valle de Ambato (Provincia de Catamarca). XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Río Cuarto.
- Fabra, Mariana
2002a. Especialización artesanal y desigualdad social en sociedades agrícolas prehispánicas (Valle de Ambato, Catamarca). *III Jornadas de Investigación en Ciencias Sociales*, CIFYH, UNC.
2002b. Producción tecnológica y cambio social en sociedades agrícola prehispánicas (Valle de Ambato, Catamarca). Tesis de licenciatura. Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC.
- Federici, Leonor
1991. Alfarería del sitio El Altillo, Valle de Ambato, Provincia de Catamarca (Informe preliminar). *Publicaciones* 46: 53-86. CIFYH, U. N. Córdoba, Argentina.
- Fried, Morton
1967. *The evolution of political society: an essay in political economy*. Random House, N. York.
- González, Alberto R.
1955. Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N.O. argentino. *Anales de Arqueología y Etnología*, tomo XI (1950-55), Mendoza.
1961-64. La cultura de La Aguada del NO. Argentino. *Revista del Ints. Antrop.*, II-III. Córdoba.
1979. Dinámica cultural del N.O. Argentino. Evolución histórica en las culturas del N.O. Argentino. *Antiquitas*: 28-29. Universidad del Salvador. Buenos Aires.
1998. *Cultura La Aguada. Arqueología y Diseños*. Filmediciones Valero.
- González, Alberto R. y José A. Pérez
1972. *Argentina Indígena. Vísperas de la Conquista*. Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Gordillo, Inés
1994. Arquitectura y religión en Ambato: organización socio-espacial del ceremonialismo. *Publicaciones* 47 (Arqueología) 1992-1994: 55-110, CIFYH, U.N.Córdoba, Argentina.
- Gordillo, Inés y Florencia Kusch
1987. La Aguada: por una aproximación iconográfica. *Revista de Antropología*, vol 3 (2), Bs. As.
2000. Una cuestión de tiempo. *Shincal* 6: 15-26. Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.
- Gutiérrez, Alicia
1995. *Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales*. Dirección General de Publicaciones, U.N.Córdoba y Editorial Universitaria, U.N. de Misiones, Argentina.
- Haber, Alejandro, Andrés Laguens y Mirta Bonnin
2000. Las áreas valliserranas: modalidades narrativas. *Shincal* 6: 59-64. Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.

Hayden , Bryan

1995. Pathways to power: principles for creating socioeconomic inequalities. En: *Foundations of social inequality*, ed. por T. Douglas Price y Gary M. Feinman. Plenum Press, N. York.

Heredía, Osvaldo

1998. Investigaciones arqueológicas en el Valle de Ambato. *Estudios* 10. CEA, U. N. Córdoba.

Herrero, Rodolfo y Adela Avila

1993. Aproximación al estudio de los patrones de asentamiento en el Valle de Ambato (Prov. De Catamarca, Argentina). *Publicaciones* 6, Serie Invest. N° 4, Inst. de Arqueol., U.N.T.

Hodder, Ian

1982. Theoretical archaeology: a reactionary view. En: *Structural archaeology*, editado por I. Hodder, Cambridge University Press, p. 1-16.

1993. Material practice, symbolism and ideology. En: *Theory and practice in archaeology*, de Ian Hodder, Routledge, Londres, p. 201-212.

Juez, María Sofía.

1991. Unidad arqueológica Rodeo Grande, Valle de Ambato: excavación en el sitio Martínez 2. *Publicaciones* 46 (Arqueología) 1986-1991: 87-110, CIFFyH, U.N. Córdoba.

Kriscautzky, Néstor y José Togo

2000. Análisis comparativo entre los sitios Aguada del Departamento Pomán y el Valle de Catamarca. *Shincal* 6: 135-140, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.

Laguens, Andrés G.

2001. Sitio arqueológico Piedras Blancas: economía y sociedad en el Valle de Ambato, Catamarca, Argentina. *Estudios Atacameños*, Chile. En prensa.

2003a. Desigualdad social y contextos materiales en la arqueología del Valle de Ambato, Catamarca. *VII Mesa de la Cultura de La Aguada y su dispersión*. La Rioja, En prensa.

2003b. Continuidad y ruptura en procesos de diferenciación social de comunidades aldeanas del valle de Ambato, Catamarca, Argentina (s. III - X d.C.). Trabajo presentado en el *Congreso Internacional de Americanistas*, Santiago de Chile.

Laguens, Andrés G. y María Sofía Juez

1999. Especialización en la manufactura cerámica de pucos Aguada. *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Córdoba*, t. II, editado 2001.

Laguens, Andrés G. and José A. Pérez Gollán

2000. Les cultures Tiahuanacu et Aguada: anciennes et nouvelles lectures. *Dossiers d'Archaeologie*, No. 262: 78-85.

Marconetto, María Bernarda

2001. Casas de Fuego. Análisis antracológico de los restos de techos carbonizados del sitio Piedras Blancas (Ambato, Catamarca, Argentina). *Estudios Atacameños*, Chile. En prensa.

2002. Desigualdad y acceso a recursos forestales en poblaciones prehispánicas del valle de Ambato, Catamarca. *III Jornadas de Investigación en Ciencias Sociales*, CIFFyH, UNC.

Murra, John V.

1955. *La organización económica del estado Inca*. Siglo Veintiuno, México 1978.

Núñez Regueiro, Víctor A. y Marta R. A. Tartusi

1990. Aproximaciones al estudio del área Pedemontana de Sudamérica. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, 12: 125-160, Buenos Aires.

1993. Los centros ceremoniales del NOA. *Publicaciones* 5, Serie Ensayo y Crítica N° 1, 49 pp. Instituto de Arqueología, U. N. de Tucumán.
1999. Análisis de la problemática del estudio de las sociedades agropastoriles del Area Centro-Sur andina. *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, t. I: 107- 112, U. N. de La Plata.
2000. Los orígenes de Aguada. *Shincal* 6: 45-59, III Mesa Redonda sobre la Cultura de La Aguada y su Dispersión. Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca.
- Paynter, R. y R. H. McGuire
1991. The Archaeology of Inequality: Material Culture, Domination, and Resistance. En: *The Archaeology of Inequality*, ed. por R.H. McGuire y R. Paynter, pp. 1-27, Blackwell, Oxford.
- Peebles, Christopher S. y Susan M. Kus
1977. Some archaeological correlates of ranked societies. *American Antiquity* 42: 421-448.
- Pérez Gollán, José Antonio
1991. La Cultura de la Aguada vista desde el Valle de Ambato. *Publicaciones del C.I.F.F.y.H. Arqueología*, Vol.46, 1986/1991: 157-174, CIFYH, U.N. Córdoba, Argentina.
1994. El proceso de integración en el Valle de Ambato: complejidad social y sistemas simbólicos. En *Rumitacana*, Año 1, Nro 1, Julio-Noviembre.
1998. *Los sueños del jaguar*. Museo Chileno de Arte Precolombino, Chile.
- Pérez Gollán, José Antonio y Mirta Bonnin
1995. Los tempranos procesos de integración en los Andes del Sur. *Arqueología* V : 169-174. Revista de la sección prehistoria. ICA - UBA.
- Pérez Gollán, José Antonio y Osvaldo R. Heredia
1975. Investigaciones arqueológicas en el departamento Ambato, Provincia de Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, IX (nueva serie), Buenos Aires, Argentina.
1987. Hacia un replanteo de la Cultura de la Aguada. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, 12: 161-178, Buenos Aires.
- Pérez Gollán, José. A., Mirta Bonnin, Andrés Laguens, Susana Assandri, Mónica Gudemos, José Hierling y Sofía Juez
2000. Proyecto arqueológico Ambato: un estado de la cuestión. *Shincal* 6: 115-124, Escuela de Arqueología, Universidad Nacional de Catamarca, 1995.
- Sempé, María Carlota
1998. Contacto cultural en el sitio Aguada Orilla Norte. En: *Homenaje Alberto Rex González*, pp. 255-284, F.A.D.A, Fac. de Filosofía y Letras, UBA, Argentina.
- Service, Elman
1972. *Los Orígenes del Estado y de la Civilización*. Alianza Editorial. Madrid, 1984.
- Shanks, Michael y Christopher Tilley
1992. *Re-Constructing Archaeology. Theory and Practice*. Second Edition. Londres, Routledge.
- Tartusi, Marta R. A. y Víctor A. Núñez Regueiro
1993. Los centros ceremoniales del NOA. *Publicaciones*, 5, serie Ensayos 1, Instituto de Arqueología, Universidad Nacional de Tucumán, Tucumán.
- Zaburlin, María Amalia
2001. Análisis de áreas de actividad en el sitio Piedras Blancas, Valle de Ambato. *Informe inédito*. Museo de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba.